

decir que los filósofos vivían como si nunca hubiesen de morir, pero que morían como hombres que esperaban vivir siempre: *Vivunt ut nunquam morituri; moriuntur ut semper victuri. A la hora de la muerte*, decía Sainthibál, famoso incrédulo, según nos refiere Bayle, *los filósofos no hacen punto de honra el ser consiguientes: se deshonran á sí mismos, desmienten todo lo que hasta entonces habían dicho, y mueren como los demás hombres*¹.

15. P. ¿Y qué debemos pensar de los que conservan hasta la senectud, ó hasta la muerte, su desgraciada tenacidad en sus errores?

R. No se puede inferir mas sino que la preocupacion, los respetos humanos, y una pasión inveterada, son capaces de resistir á todas las luces de la razon, y á los remordimientos de la conciencia. — Si en medio de esa alternativa de dudas y especie de persuasión en que se divide la vida de algunos ímpíos, sobreviene la muerte al tiempo que reina en ellos la ilusion de los sofismas,

confesó con el Abate Gauthier, y protestó queria morir como católico-cristiano. Mas pocos dias despues se volvió filósofo, se hizo recibir entre los fracones, se dejó adorar como un Dios, etc. En fin, por un efecto de los terribles juicios de Dios, murió entre los accesos del furor y desesperacion mas grande, gritando: *Muero abandonado de Dios y de los hombres*; mordiéndose las manos y los brazos; comiéndose sus mismos excrementos, en los que bañaba los dedos para llevarlos á la boca, y vomitando unas blasfemias que ni Vanini ni Juliano Apóstata imaginaron en el momento de su muerte. Espectáculo en verdad horroroso, y que *hubiera bastado*, decía M. Tronchin, el médico que le asistió, *á desengañar á todos sus discípulos, si todos hubieran podido estar presentes* (Véase su artículo en el *Diccionario histórico* de Feller, Aushourg 1781, y la nota de la pág. 150 del t. 1 de la *Bibliot.*)

1 En todos tiempos han hecho los incrédulos alto concepto de la intrepidez ó de la insensibilidad de un hombre en la hora de la muerte. El famoso Pirron, que dudaba de todo, y que ha impreso su nombre á esa clase de gentes que de todo aparentan dudar, viendo á unos compañeros suyos de viaje llenos de temor á la vista de un naufragio que les parecia inevitable, los llevó á mirar á un puerco que habia en el navio, el cual estaba comiendo, y vuelto á ellos con toda la gravedad de su filosofia. *Hé ahí*, les dijo, *cual debe ser la insensibilidad de un hombre sabio*. Es preciso confesar que los filósofos no son muy delicados en punto á modelos.

en nada menos piensan que en convertirse. Malebranche cree tambien que la terquedad y obstinacion de algunos viejos ímpíos proviene en parte de la consistencia é inflexibilidad de las fibras de su cerebro, de la que resulta (según él) una indocilidad casi invencible. Un historiador, no menos juicioso que elegante, viene casi á pensar lo mismo¹. Otro orador célebre lo atribuye á la demasiada confianza que de ordinario tienen los viejos en su talento y larga esperiencia². Pero es mas natural buscar la razon en la justicia y severidad de los juicios de Dios, el cual en pena y castigo del desprecio que una, y otra, y otras, y mil veces han hecho de sus gracias, auxilios y llamamientos, los abandona á la ceguedad, que se han escogido, y les priva justamente de la luz que no han querido gozar, y de que tantas veces han abusado y se han mofado. Los que quieren hallar siempre vivos remordimientos en los incrédulos, y en los pecadores escandalosos, decía Bossuet, *no conocen todos los caminos de Dios*³ *ni reflexionan bastantemente en*

¹ *Inclinata ætate mores, sensusque in sua forma indurescunt. Sacch. H. S. J.*

² *Pravi errores confirmata in senibus prudentiæ fiducia roborantur. Cer. Porée de cred. in doct.*

³ De aquí se puede buenamente inferir que las conversiones de que hemos hablado se iran haciendo cada dia mas raras. Cuando el espíritu de irreligion ha llegado del todo á consumarse, y se ha esparcido por todo el cuerpo de una nacion; cuando triunfa y viene á ser un objeto de gloria, entonces desencadena todas las pasiones, engendra y produce vicios monstruosos que degradan y embrutecen el alma del hombre, debilitan, casi extinguen las luces de su razon, sofocan los buenos afectos de la voluntad, y no le dejan el vigor necesario para elevarse á las verdades eternas. Este es aquel abismo de que habla el Sabio, en el que la impiedad se alimenta del desprecio de todo lo que pudiera sanarla: *Impius cum in profundum venerit, contemnit*. Prov. xviii. Por otra parte el espíritu de disipacion y de frivolidad, que hoy es y se ha hecho general y dominante, impide que los hombres estudien y se penetren de las verdades de la fe, las cuales por falta de instituciones cristianas ni se conocen, ni se aprecian en la edad que era, mas á propósito para instruirse en ellas. De aquí es que no se pueden excitar en su alma unas luces que nunca ha habido. Mas los incrédulos mas famosos, los héroes del partido, los jefes que las conocieron una vez bien, no

aquel letargo funesto, y falsa paz en que á veces deja á sus mayores enemigos¹.

16. P. ¿Pero no es una especie de misterio ese empeño de un hombre de talento en forjarse hipótesis pueriles y contradictorias, y alejarse de las verdades mas fundadas, y al mismo tiempo mas consoladoras?

R. El cristiano, instruido por las Santas Escrituras de la conducta que Dios ha prometido observar con los hombres, no halla en eso misterio alguno; al contrario, lo sería para él grandísimo, si á pesar del abuso que muchos hacen de su razon y de sus potencias, no cayesen en la seducción y ceguedad: mas digo, á no ser así, estaria como receloso de la fe y verdad de su Religion, porque no le parecería que podría conciliarse con los terribles anatemas fulminados por Dios, ya contra los que se dejan arrastrar de la presuncion y orgullo, y ya contra los que combaten su fe con obras reprobadas é incompatibles con la santidad de la ley².

Tertuliano creyó que Dios de propósito habia dejado que las verdades mas grandes de la fe estuviesen mezcladas con alguna oscuridad para cegar á los hombres

han podido borrar su impresion. Lo que puede servir tambien para explicar la sensibilidad é indolencia de los salvajes. Véanse mas abajo los núm. 93, 98, 156.

1 Ipsi vero non cognoverunt vias meas, quibus juravi in ira mea, si introibunt in requiem-meam. Ps. xciv.

2 No hay en las sagradas Escrituras amenazas mas repetidas: Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobo. I Cor. i. — Comprehendam sapientes in astutia eorum. I Cor. iii. — Abscondisti hæc á sapientibus, et revelasti ea parvulis. Matth. xi. Stultitia enim est illi, et non potest intelligere, quia spiritualiter examinatur. I Cor. xi. In iudicium ego in hunc mundum veni, ut qui non vident, videant, et qui vident cæci fiant. Joan. ix. Domine, quid factum est, quia manifestaturus es te ipsum nobis, et non mundo?... Si quis diligit me, sermonem meum servabit. Joan. xiv. Finis autem præcepti est charitas de corde puro, et conscientia bona, et fide non ficta; á quibus quidam aberrantes conversi sunt in vaniloquium. I Tim. i. Habens bonam conscientiam, quam quidam repellentes circa fidem naufragaverunt. Ibid. 19, etc. Y así la ceguedad de los impíos debe considerarse como un cumplimiento de la palabra de Dios. Verbum Prophetarum, quæ per omne sabbatum leguntur, impleverunt. Act. xiii.

soberbios que resistiesen á su palabra, y á los corrompidos que la deshonrasen con los vicios que reprueba; y que las divinas Escrituras han venido á ser por este motivo una piedra de escándalo ó de tropiezo para los herejes¹. San Agustin decia tambien « que en la Religion » hay luces suficientes para alumbrar á los corazones rectos; pero tambien tinieblas bastantes para cegar á los impíos: » La idea misma de Dios contiene en sí bastante oscuridad para hacer extraviar á una razon presuntuosa y temeraria: desengañémonos, tan cierta como es y tan demostrada la existencia de Dios, tan impenetrable es su naturaleza. En vano los mas célebres filósofos se han aplicado á meditarla ó comprenderla: sus esfuerzos han sido y serán siempre inútiles. ¿Debe pues maravillarnos que unos hombres llenos de orgullo y presuncion, arrastrados de la debilidad de una razon que creian tan poderosa y fuerte, llegasen á persuadirse que lo que no pueden comprender, no existe; y que tomando los estrechos límites de su entendimiento por los extensos de un Sér infinito, atribuyesen ridiculamente la eternidad y el poder á la materia y al movimiento? (Pueden verse otras reflexiones sobre esto mismo en el excelente Discurso del P. Chapelain sobre la Incredulidad, pág. 178, 186, 188, 191, 200; y en el Sermon del P. Bourdaloue sobre las Obres de la Fe, etc.)

§ 6.

17. P. Todo eso explica muy bien como esos hombres que el mundo llama ilustrados, aunque en realidad no lo sean, pueden impugnar la Religion, y negar la existencia de Dios; pero, decidme, ¿no hay tambien un gran número de libertinos que se cuentan en el número de los ateos é incrédulos por sistema, aunque real y verdaderamente no pertenezcan á ellos?

R. Sí, y muy grande; y esto es lo que ha hecho que muchos aumenten el catálogo de los verdaderos incrédulos.

1 Nec periclitor dicere, ipsas quoque Scripturas sic esse ex voluntate Dei compositas, ut hæreticis materiam subministrarent. De Præscript. xxxix.

dulos. Por esta causa el P. Mersene llegó á calcular en París sobre cincuenta mil ateos, y muchas veces doce por casa. Pero para refutar este cálculo, y reducir casi á cero el número de los impíos sistemáticos, basta distinguir sus diversas clases, que la falta de atención ha hecho confundir.

18. *P.* ¿Y cómo las distinguís?

R. Con un ingenioso y sincero crítico pueden reducirse á cinco clases: incrédulos estúpidos ó necios, incrédulos viciosos, del *gran tono*¹, incrédulos afectados, é incrédulos por principios.

19. *P.* ¿Cómo entendéis esas dominaciones?

R. El incrédulo *necio* ó *estúpido*, es un hombre que jamás ha levantado su pensamiento hasta el autor, ni destino del mundo; ni percibe la fuerza de las razones que demuestran la existencia de Dios, ni la debilidad de los argumentos que la impugnan; no hace mas que afectar la conducta de los ateos, é imitar sus modales: profiere blasfemias sin saber lo que se dice; en una palabra, es un eco que repite sonidos. Estos infelices mas que otra cosa merecen compasión.

El *incrédulo vicioso* tiene tal vez talentos que elevarían su alma, si no los sofocase al tiempo mismo de brotar. Todo su placer es asemejarse á las bestias, reprimiendo los remordimientos de la conciencia, y ahogando las luces de la razón. Su única ocupación es divertirse; no porque sienta en ello grandes placeres; por el contrario, no tiene gusto verdadero en cosa alguna; sino porque teme un momento de reposo en que la razón menos distraída, digámoslo así, pueda entrar en sí misma, y despertarle de su profundo aturdimiento; y así para prevenir con mayor seguridad sus remordimientos, se hace ateo, y se asocia á algunos blasfemadores. Hoy está tranquilo, triunfa, para él no hay Dios, no hay alma; pero mañana se ve mudado, cree, tiembla, ó al menos duda.

El *incrédulo por moda* es el que hace de tal porque le

¹ Creo que es la mejor expresión para significar al que es incrédulo *por moda*, pues es cierto ha llegado á ser *moda* el hablar y obrar como impío. *O tempora, o mores!*

parece que este es el modo de darse importancia, y ser tenido por hombre de gusto: es lo que entre las personas del otro sexo se llama ser personas del *gran tono*: ¿conviene para esto ser filósofo? se hace, lo es; se proclama tal. Un filósofo, según él, es un hombre que se distingue del vulgo no creyendo nada. Su lectura favorita es el *Diccionario filosófico*, y el libro de *l'Esprit*: no ha leído cosa mas enérgica, mas bien razonada, mas conexa, mas agradable: hace sus ensayos; empieza á poner en ridículo la Religión; rien y aplauden algunos necios ó libertinos sus sarcasmos, y no cabe ya en sí, se admira, se pasma de hallar en sí tanto talento, tanto ingenio; pero su incredulidad se acaba con los aplausos, y pára en ser el mono de las modas.

El *incrédulo por afectación* ostenta un aire grave y severo, que es la máscara con que cubre su cerebro vacío. Su corazón es tan poco sensible, como poco ilustrada su razón; no tiene sentimientos, ni inteligencia: su lenguaje concuerda perfectamente con su figura: á creerle, él ha buscado la verdad en sus fuentes; la naturaleza le ha hablado; ha leído todas las obras de los hombres grandes, y donde quiera ha visto el ateísmo. Este hombre no merece sino el desprecio; las razones con él serían inútiles, y solo servirían para lisonjear su presuntuosa ignorancia.

El *incrédulo por principios* es del que hemos hablado cuando examinamos la posibilidad. Si hay algunos de esta clase, su error puede proceder ó de alguna funesta impresión recibida en su juventud, ó de una mala educación, de algun principio erróneo admitido sin examen, de algun aspecto falso en que han considerado la verdad, de las distracciones que impiden dar oídos á la razón, etc. (Véase lo que hemos dicho en los números 4 y 15 para no repetirlo de nuevo.)

20. *P.* ¿La turba de incrédulos admite alguna otra distribución diversa de la que acabais de hacer?

R. Un escritor moderno los divide en cuatro clases, que verdaderamente comprenden todos cuantos hombres de este género se han conocido. La primera la podemos llamar de los *fisgones* ó *bufones*, los cuales cuando se tratan materias de Religión con una risita afectada, se sis-

gan y manifiestan lo que de ello piensan, sin atreverse á entrar en conversacion por no empeñarse demasiado. La segunda clase es de los *chistosos*, los cuales tienen siempre á la mano una gran provision y recámara de cuentecitos de frailes, de monjas, clérigos, etc., para alegrar las conversaciones, reanimarlas ó distraerlas cuando les parece que pueden venir por su gravedad en daño de los filósofos: no importa que sean impuros; mejor, así se logra mas bien su fin. En la tercera se comprenden los *preguntadores*, los cuales en las disputas de Religion tienen por oficio distraer continuamente á los defensores de la verdad con continuas preguntas, sin darles lugar á responder á ninguna. La cuarta clase la forman los *habladores* ó *charlatanes*, que son los disputadores eternos de la sociedad, puesto sin duda entre ellos muy honroso; la lástima es que el exceso de su celo les hace caer en errores monstruosos y contradicciones palpables, desgracia á que las otras clases no están expuestas: los primeros son los que forman la clase mas numerosa, y los mas encubiertos tambien, á lo menos en esta vida.

§ 7.

21. *P.* ¿Y es cierto que en la China hay una república entera de ateos, que es la secta de sus literatos?

R. Esa república es tan imaginaria como la de Platon. El oráculo de los incrédulos modernos nos asegura que los literatos chinos son deistas, *que reconocen penas y premios en la otra vida, paraíso é infierno*¹. El autor de *l'Esprit* enseña con su acostumbrada osadía, que los Jesuitas reconocen el ateismo de los sobredichos literatos; pero aquellos Padres han afirmado todo lo contrario. El P. Parenin, que conocia mucho mejor que Helvecio á los Chinos, impugna victoriosamente esta idea en una carta di-

¹ *Ensayo sobre la hist. gen.* t. 1, c. 6, p. 91. — *Comida de Boul.* pág. 43. — En la *Filosofía de la historia* (c. 18, p. 95) enseña todo lo contrario. — En el *Diccion. filosófico*, art. *alma*, vuelve á la primera opinion, y supone que los literatos chinos admiten un Dios y providencia. Nunca se han preciado de mucha consecuencia los filósofos; así los hechos como los discursos los han dejado al arbitrio de su voluntad ó de su capricho.

rigida á M. de Mairan (*Cart. edific.* t. 21, pág. 134 y sig.). En la China hay tres religiones además de la cristiana, que por fortuna florece hoy allí mas que nunca: primera la del Emperador, Príncipes y literatos, que ofrecen sacrificios al *Tien* (que es el cielo), y al *Xanti* (virtud del cielo): segunda, la idolatría: los Bonzos forman otra tercera. Los editores del Diccionario de Trevoux, en el artículo *China*, dicen, que en aquel imperio hay un gran número de ateos; pero en el art. *Pho* notan que no es un ateismo razonado, ó por principios, sino consecuencia de su ciega adhesion á la doctrina de su imaginado *Pho*, el cual al morir, dicen sus secuaces, les declaró que la nada era el padre de todas las cosas. El *Autos Epha* es el que ha hecho ateos en la China, como los hace entre los petimetres en Europa. Un literato de moda lo ha dicho: ya no se necesita mas, los discursos están de sobra. El libertinaje, acompañado de algunos sofismas, los hace crecer á millares como entre nosotros; pero es falso que en general los literatos de la China sean ateos, como es falso que lo sean entre nosotros. En otra parte haremos ver lo que es un literato chino (*lib.* 4, c. 5, art. 6, § 6, n. 380); pero en verdad que es necesario tener una idea bien poco ventajosa de aquellos doctores, cuando con tanta confianza nos remiten á ellos nuestros filósofos.

§ 8.

22. *P.* ¿Qué debemos pensar de algunos hombres célebres que los incrédulos cuentan entre sus asociados, á pesar de los testimonios que su vida y escritos dan á favor de su Religion?

R. Debemos pensar, como decia M. Seguier (en su elocuente *Parecer fiscal* de 18 de agosto de 1770), que la impiedad no teme violar los sepulcros, é inquietar las cenizas de los difuntos, y calumniar su espíritu, aparentando honrar su memoria: los resucita para lograr á la sombra de unos nombres célebres el crédito de que tiene tanta necesidad. Puede juzgarse de las tales imputaciones por las dos pruebas principales que alegan con-

tra Fenelon. La primera es que Fenelon, dicen, trobó así una ária de Lulli :

Fui cuando mozo
Cuerdo en exceso,
Siendo mi tema
Solo el saber;
Mas ya es mi gozo
Viejo travieso,
De mi hora extrema
Nada preveer.

Pero en primer lugar, el hecho es falso; Voltaire dice que lo supo del marqués de Fenelon : tuvo buen cuidado de citar á un muerto : ¿ y porqué aguardó á que muriese para citar este testimonio, habiendo tenido tantas ocasiones de hacerlo antes en varias obras suyas? ¿ Y es posible que el marqués de Fenelon, un hombre, en dictámen del mismo Voltaire, sumamente piadoso, hubiese ido á comunicar semejante anecdota al Jefe de los incrédulos? ¡ Ah! *Credat Judæus apella* : los que hayan leído los *Errores de Voltaire*, á *Voltaire pintado por sí mismo*, el *cuadro filosófico del espíritu de Voltaire*, etc., saben muy bien su buena fe para no creerle capaz de confirmar un hecho fabuloso con un testimonio falso. En segundo lugar, los versos de que se trata se hallan entre las poesías de Madama Guyon, en las que queria ella expresar el desasimiento total de las criaturas, que hace al hombre no inquietarse por lo que le pueda sobrevenir, preveerlo, y no turbarse por ello. Supongamos pues que fuesen de Fenelon, ¿ cómo se puede deducir de ahí que él en su edad madura, en sus últimos años nada creía? Fenelon en tal caso quiso sin duda entenderlos en el mismo sentido en que los entendia Madama Guyon.

La segunda prueba de Voltaire es una carta de Ramsay, en la cual se dice, que si Fenelon hubiera nacido en Inglaterra habria desplegado su talento, y manifestado sin temor sus principios, que nadie ha conocido : hé aquí otro muerto á quien se trae por testigo de una cosa, que ni ha dicho, ni pudo decir. Ramsay, convencido por Fenelon de la verdad de la Religion católica, permaneció constantemente en ella, como en el amor y respeto á su

illustre maestro. ¿ Cómo es creible que haya escrito una carta que en el sentido que le atribuye Voltaire seria un oprobio de sí mismo, y pondria el sello de la infamia á su memoria, pues comprendia al discípulo y al maestro? ¿ una carta que probaria que los dos eran unos hipócritas, que sacrificaban su modo de pensar á las circunstancias de tiempos y lugares? Si Ramsay ha escrito alguna cosa que se le parezca, queria ciertamente hablar de los principios del autor del *Telémaco* en orden al gobierno de los estados, y no respecto á duda alguna sobre la verdad de la Religion. Ramsay da la cuenta mas exacta de la doctrina de este célebre Arzobispo; y basta leer solo el extracto de su carta que se halla en la obra, *Los hombres ilustres vindicados* (tom. 2, art. *Fenelon*) para disipar enteramente las sombras con que Voltaire ha querido oscurecer la memoria de aquel hombre grande¹. En la misma obra se halla tambien una completa justificacion de Gravesande, Bossuet, Huecio, etc. El tratado del padre Harduino, *Athei detecti, los ateos descubiertos*, mirado siempre como una coleccion de visiones, ó sueños, es una bagatela en comparacion de los descubri-

¹ Estas mismas reflexiones nos hacen sospechar tambien de otra obra póstuma, que se ha querido atribuir al mismo Ramsay titulada : *Philosophical principles of the religion*, 2 t. en 4º, en la que el autor, suponiendo que habla siempre en nombre de Fenelon, y con Fenelon, expone paradojas de todo género, tales como la metempsicosis, los brutos animados de los demonios, el fin de las penas del infierno, etc. Si Voltaire tuvo noticia de este libro, no quiso sin duda citarlo en confirmacion de sus despropósitos en la materia, reconociendo en el autor una cabeza destornillada, y persuadido que todos á su simple lectura dirian : « un hombre que publica tales extravagancias es capaz de honrar otros libros, y ponerlos bajo la proteccion de un nombre célebre. » Pero ha sido en verdad poca cordura atribuir á Fenelon cosas tan manifestamente contrarias á su modo de pensar, y á todo lo que sabemos de aquel hombre grande. Lo que quita por último toda fe y crédito al autor de los *Philosophical principles*, es la seguridad con que afirma que su sistema es conforme á la creencia de Fenelon, y á las *decisiones de la Iglesia* : por la verdad de la conformidad de aquellos principios con estas, se puede juzgar de la conformidad con los de Fenelon : la segunda prueba nos debe hacer pensar de la exactitud de la primera. Véase el número 166.

mientos de Voltaire. Cuando nuestros incrédulos se declaran por el Deísmo, por todas partes hallan deístas; cuando adoptan el Pirronismo ó Ateísmo, donde quiera le descubren, todos son ateístas ó pirrónicos. Diríase que la idea de tener muchos compañeros de sus delirios, calma su inquietud, y justifica á los ojos de su razon la extravagancia de sus sistemas; y que espantados de ver que todos los hombres grandes respetan las verdades fundamentales de la Religion, quieren buscar un compañero que haga juego ó simetría en aquel cuadro vergonzoso. Los incrédulos, decia ingeniosamente M. de..., son como los borrachos, que quieren hacer beber por fuerza, aun á los que no lo acostumbran.

§ 9.

23. *P.* ¿Cuál es el medio mas seguro para no dudar de la existencia de Dios?

R. *Vive de modo que puedas desear que haya Dios, y no dudarás jamás de su existencia*¹: tal es el pensamiento de un hombre que no se sospechará preocupado en favor de la Religion (Rousseau). « *Adorad á Dios.* dice en otra parte, *y se desvanecerán todos los fantasmas de » Ateísmo.* » El hombre de bien cree que hay Dios por sentimiento. y no tiene que temer del ateísmo. *In sensu sit tibi cogitatio Dei.* Eccl. VII. Si alguna vez este monstruo quisiere espantar su razon, el corazon siempre reclamaria; y á pesar de todos sus sofismas, contra todos ellos diria: *yo siento que hay un Dios.*

¹ Poco mas ó menos vienen á ser las palabras de San Agustin: *Nemo Deum negat, nisi cui expedit Deum non esse.*

CAPÍTULO II.

Sistema del Ateo.

ARTÍCULO I.

Credulidad de los Ateístas

24. *P.* ¿El sistema del ateo, no le expone á las mismas dificultades que se encuentran en la profesion y creencia de un Dios, y de una Providencia, que gobierna el mundo?

R. Una persona en esta parte poco sospechosa (Voltaire) dice: « que aquellas dificultades á que fácilmente » se responde en la creencia de un Dios, son *absurdos que » hay que tragar* en la opinion de los ateístas. » Otro dijo tambien ingeniosamente, que la fe de los ateos pedia un esfuerzo sin comparacion mayor al de los cristianos, y que su símbolo se podia expresar en estos términos: *Credo omnia incredibilia*, creo todo lo que es increíble¹.

55. *P.* ¿Cuáles son los dogmas de los ateos?

R. En una opinion fundamental en que todo es absurdo, no es posible numerar las misteriosas extravagancias que supone. Notaremos algunas. El ateo dice: en vez de creer un Sér supremo inteligente, criador del universo, que lo conserva y lo gobierna, creo una materia eterna é increada, indiferente por sí al movimiento, y á la quietud; y que á pesar de eso, sin ningun motor primero que la impulse, se da á sí misma el movimiento: una materia que sin conocimiento, ni inteligencia, por solo el concurso fortuito y ciego de sus partes, produce la tierra, el cielo, y todo lo que en ellos se contiene: ejecuta una obra maestra de sabiduría, forma un todo en él que se admiran prodigios de proporcion sin que nada se

¹ *Si no creéis*, decia un dia *Marivaux* á uno de estos señores (á Bolingbroke), *no es al menos por falta de credulidad.*